

Año V. Barcelona 5 de Junio de 1891. Núm. 21.

LA Semana Comica

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:
Plaza de la Universidad, 5

NUESTROS DIBUJANTES, POR ESCALER

Lit. Miralles. Union, 17.



ANGEL PONS

Ayuntamiento de Madrid

CUENTO RARO

A mi amigo el distinguido escritor D. José Pontes.

Huyan de mi imaginación los recuerdos de las noches de fiesta en que el baile agita sus figuras y se alumbra con los destellos de las lámparas; ajártense de mí los pensamientos alegres, los arrebatos de júbilo, las ideas profanas; hoy acude á mi recuerdo la noche de difuntos, y á ellos habré de consagrar mi memoria, viendo desfilar por mi fantasía la procesión fúnebre de los muertos.

En cada hogar donde se llora la ausencia eterna de un ser querido, en cada casa donde personas que desaparecieron para siempre dejaron un melancólico recuerdo, lo mismo en el fastuoso palacio que en la casa del pobre, se rinde ese culto á la tradición, que consiste en dedicar una noche al querido recuerdo de los difuntos.

Bajo la chimenea de la casa de campo, en cada uno de los peldaños de su escalera, sobre el poyo donde enseñan su serie de pájaros pintados las fuentes, y encima de la mesa en que hace sus modestas comidas la familia, una constelación de luces, una profusión de mariposas que oscilan y párdean al rozar el agua donde flotan, dedican su fantástica luminaria á las ánimas en pena, y llenan de misteriosas reverberaciones las estancias.

Esas luces representan, según dice el gran poeta de todos los tiempos, el pueblo, las almas de los que se abrasan y arrojan ayes de pena en el infierno. Mientras arden esas luces siniestras, los cuerpos de los condenados entonan versículos del *miserere*, entre alaridos gigantes de dolor. Cuando retiembla la llama dentro del vaso, es que un ánima exclama con una voz de contrición entre el piélago de fuego que la abrasa: —*Miserere mei Domine secundum magnan misericordiam tuam*.

Grita la luz de nuevo al rozar con su lengua luminosa el líquido, y el ánima prorrumpe con la boca llena de serpientes de llamas, diciendo otro versículo del grandioso himno del Rey salmista: *In iniquitatibus conceptus sum; et in peccatis concepit me mater mea*.

En esos chisporroteos de las luces, créese escuchar la voz del dolor del malvado que conocimos en vida, la del avaro que refundió su oro entre el fuego eterno, ó la del que arrebató la vida á su semejante. En una mariposa que va de un lado á otro del vaso, gime el alma del que explotó la voluntad de los buenos; en la que brilla inmóvil y fija, la del ladrón que estuvo en acecho aguardando el momento de llevar á término su obra; la que chilla como un acento humano, parece la voz de aquel que puso la mano en el rostro de su madre. Una luz sonríe en medio de los demás resplandores siniestros: es la hipócrita que aún piensa en engañar á las almas.

A veces apaga su reflejo una luz haciendo su parte de sombra: es que ha salido un ánima de la condenación eterna.

¡Dios te salve, María!... reza la contrita fa-

milia, mientras lanzan sus chisporroteos las mariposas; y en medio del diluvio de llamas del infierno, aulla una voz al mismo tiempo, penetrando como una espada los huesos: *Audite meo dabis gardium et letitiam, et exultabunt ossa humiliata*.

Todo es rezo en esta noche tremenda, ya se exprese con la voz del Padre nuestro católico, ya hable con los espantosos versículos de la colosal poesía de David.

Embebecida en estas ideas y oyendo el ruido del chaparrón que baja de los cielos, está la familia de Luis Arias, numerosa cuanto dada á imaginaciones y cuentos, cuando comienza el padre uno de aparecidos, que hace fijarse en la suya todas las caras de los oyentes.

—Pues señor—dice, murió en una casa que estaba situada en medio del campo un pobre viejo, feo como él solo y bizco por añadidura. Conforme había de cerrar los ojos al espirar, murió con los ojos abiertos, de modo que, sobre no haber poder humano que se los cerrara, parecía que miraba á uno y á otro lado á las personas que se quedaron á velarle.

¡Qué órbitas tan desencajadas, qué pupilas de mirar tan espantoso!

—¡Ay!—clamaron con terror los oyentes, agrupadas las cabezas como en racimo en torno al fatídico narrador.

—Pues señor, que á media noche ni un ruido se escuchaba en la casa, ni la respiración siquiera de las personas que rendidas de sueño empezaban á dar cabezadas. Solamente se oía el silbido borroso de la lechuza que cantaba en el alero del tejado.

—¡Y cómo canta la lechuza, padre!—añadió un muchacho, cuya alma se había salido de su cuerpo por el interés del relato.

—Canta... pues así: *Chiiiss...*

—¡Qué miedo! canta como si le llamaran á uno.

—Es el caso—continuó al son de insistente lluvia el orador, dejando á la mímica el colorido propio de cada frase;—es el caso, que cuando todos estaban profundamente dormidos, cuando empezaban á soñar que aquellos ojos abiertos del muerto les miraban y que las manos del cadáver iban abiertas hacia ellos, hijos de mi alma, que se oyó un gran ruido hacia la puerta...

—¡Ay!—clamaron á coro las personas poniéndose de pie. Pero esta vez no fué la exclamación arrancada por el interés del relato, sino porque, efectivamente, el pestillo de la puerta, del que salía el cordel que iba á parar á un corredor, atravesando por el patio, produjo un ruido como si se abriese.

Lo comprobó la rách de aire húmedo y violento que, entrando por la puerta, llegó á la habitación é hizo temblar la luz de la lámpara.

Nadie de la casa había podido abrir la puerta; todos estaban presentes. ¿De quién, pues, era la mano que había descorrido el pestillo?

El narrador, los que le escuchaban, todos creyeron, influidos por lo medroso de la noche, que los muertos, de los que dice una frase popular que no debe hablarse porque se aparecen en forma de visiones, llegarían tal vez á la puer-

ta en tan solemne noche para hablar de cosas de otra vida.

Nadie se acordaba ya del relato. Con todo el interés en los ojos ávidos, que tenían reconcentrada la vida de todo el organismo, dirigieron la vista hacia la sombra que cubría como un velo el marco de la puerta.

Alguien pisó á poco rato la escalera que conducía á la habitación ocupada por las personas. Unos pasos fuertes que sonaban de un modo medroso, golpearon uno y otro escalón entre el terror de los que escuchaban.

Corrieron los niños á ocultar el rostro en el regazo de la madre, palidieron las caras de los demás hombres, y el cuadro quedó un instante sin movimiento.

La puerta enmarcó una figura extraña.

Era una visión, un fantasma envuelto en largo capuchón que le cubría de la cabeza á los pies, al cinto colgada un arma de fuego, y asomando el rostro barbado por entre los pliegues de la capucha. Por su traje corría el agua á chorros y formaba regueros en el suelo.

—¿Quién eres?—preguntó el narrador contagiado del lance extraño que convertía en una pila eléctrica sus nervios.

La visión dió dos pasos más, descolgóse el arma del cinto, púsola sin decir palabra sobre la mesa, y echándose atrás la capucha, dejó ver el semblante donde se pintaba el más honroso dolor.

—¿Cómo! ¿eres tú? pero ¿qué es esto? ¿qué pasa?—clamó atropellándose el relator de la historia, porque era á su hermano á quien reconocía.

La visión, que no era visión, clamó con voz llena de sollozos:

—He salido hace una hora de la casa de campo, en medio de la lluvia; vengo á buscar un médico; mi pobre hija se muere.

Y el que estuvo á punto de hacer llorar á los demás cayó llorando en su asiento.

—¡Jesús!... Pero ¿cómo has entrado?...

—Hallando libre la puerta.

—Todo esto parece sueño; si nadie la ha abierto.

No era que la había abierto mano alguna; el cordel atado al pestillo, encogiéndose á causa de la lluvia, había ido poco á poco acortándose, y venciendo su tensión la resistencia, abrió como una mano funesta que daba paso á la desgracia.

SALVADOR RUEDA

A UN POLLO INSUSTANCIAL

Elegante y sin meollo
y hombre por demás inepto,
en el mujeril concepto
pasaste siempre por *pollo*.

Mas, ¿quién, inocente, fía
en esa imagen *bucólica*,
conociendo la *hiperbólica*
mujeril fraseología?

Si, del amor siempre esclavo,
no te asusta tanto embrollo,
eso... ¡vamos! no es ser *pollo*:
eso, más bien, es ser *pavo*.

Cuando algún rival impío
te dirige algún insulto,
¿no escurres, discreto, el bulto
y esquivas el desafío?

Si nada á reñir te inclina,
pruebas ser, en conclusión:
para las hembras, *león*,
para los hombres, *gallina*.

Hay quien jura sin descanso,
hasta en tus propias narices,
que al decir lo que tú dices
hablas... ¡por boca de *ganso*!

Y hay papá que, receloso,
aunque su temor acalle,
al observarte en su calle
dice entre dientes:—¡Un *oso*!

Si un marido, haciendo el bú,
pone, al verte, gesto airado,
dicen que hay gato encerrado...
y que ese *gato* eres tú.

Si una sensible modista
pierde por tu amor el seso
y comete algún... exceso,
cacareas tu conquista.

Sin ver, quizá, que alardeas,
y no te ofenda mi fallo,
más que de *pollo*, de *gallo*,
según lo que cacareas.

¿Acaso, y no te hablo en bro,
tu cacumen no se afana [ma
en probar que no eres rana,
pues por *rana* hay quien te toma

¿*Pollo* tú? no seas lelo
y evita tanto desbarro;
cuando das algún cigarro,
¿no dicen:—del *lobo* un pelo

Si tal es tu condición
y no te importa la crítica,
tú debes ser en política
lo menos... ¡*camaleón*!

Te juzgas *pollo* y te engaña
por más que probar intentes
lo contrario... ¿y tus frecuente
metamorfosis extrañas?

Yo, por mi parte, imagino,
al ver tu falta de meollo,
que en vez de llamarte *pollo*
debes llamarte... *pollino*.

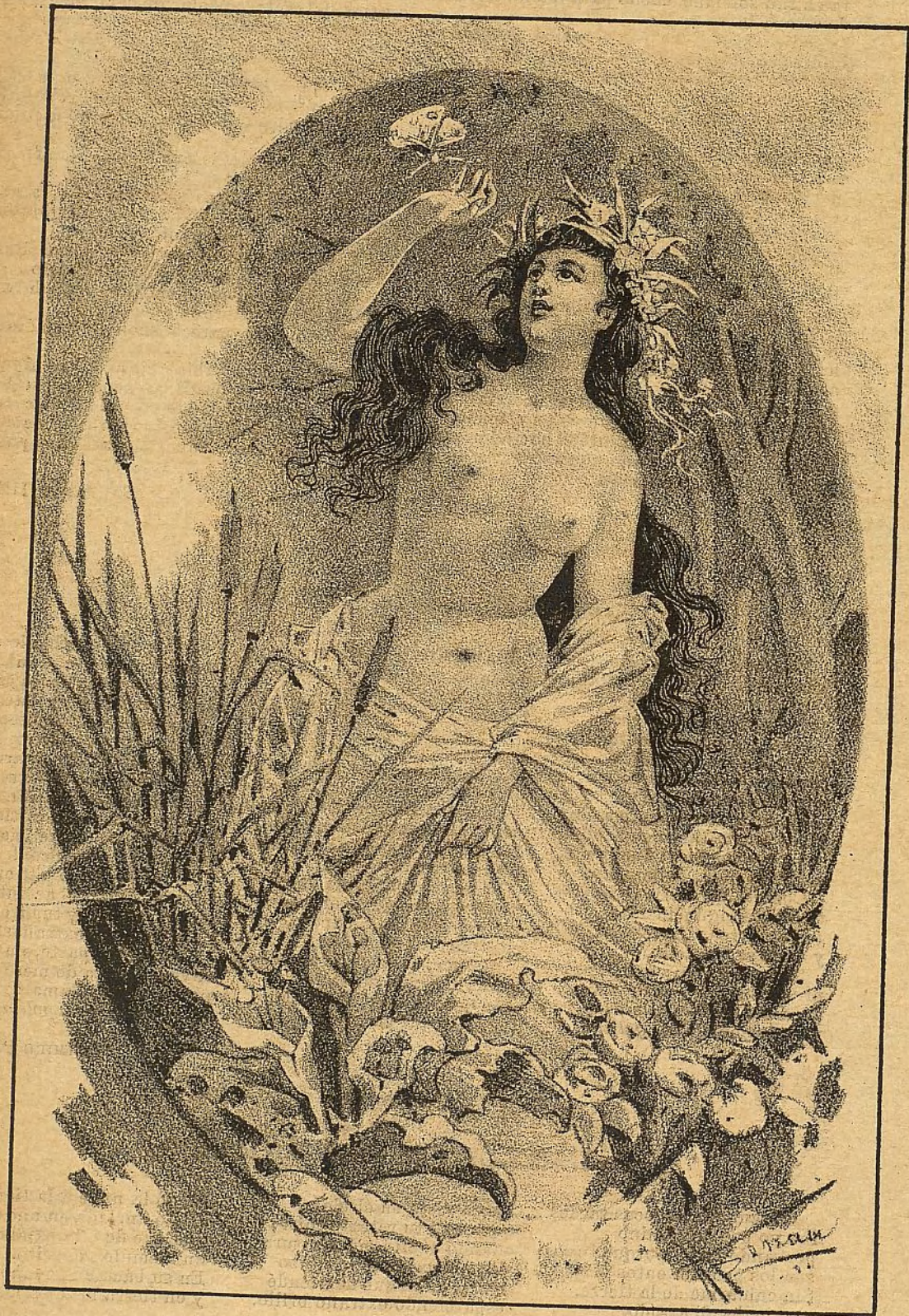
CASIMIRO PRIETO

LAS LLAVES DEL PARAÍSO

Morena, hace pocas tardes
iba yo por un camino
pensando en tí, porque tuyos
son los pensamientos míos.
Sin cuidarme de la tierra,
caminaba distraído,

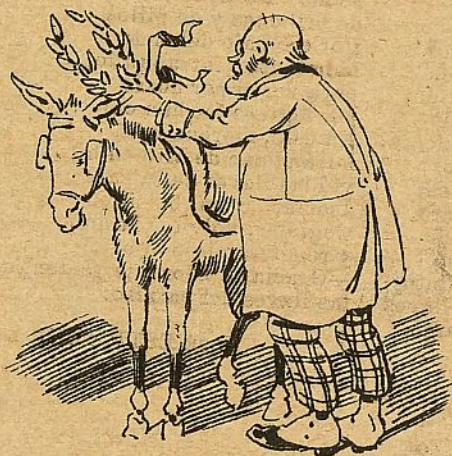
fija la vista en el cielo,
que en él tu retrato miro,
cuando súbito en la altura
veo un resplandor rojizo
y una nube que desciende
esparciendo extraño brillo.

Llegó la nube á la tierra,
quedó anclada en unos riscos
y vi que de ella bajaba
un trémulo viejecito.
En su báculo apoyándose
y en tierra los ojos fijos,

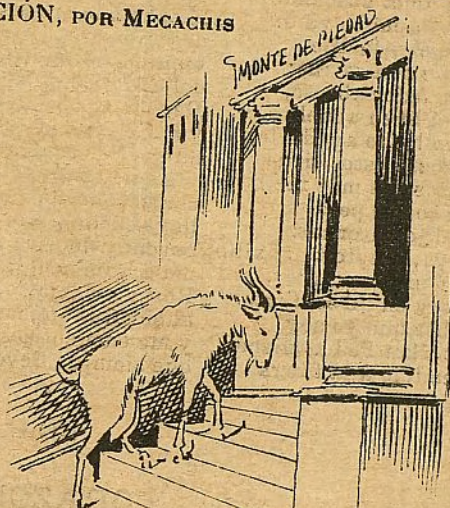


EL ESTÍO
(Cuadro de Broka)

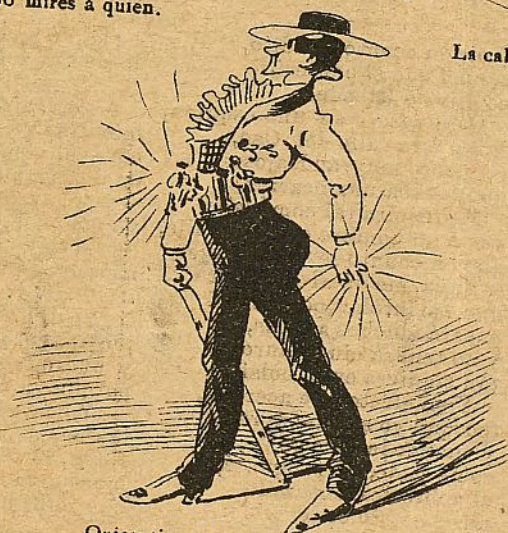
REFRANES EN ACCIÓN, POR MECACHIS



Haz bien y no mires á quien.



La cabra siempre tira al monte.



Quien tiene arte, va por todas partes.



A buen bocado, buen grito.



Mientras en mi casa estoy, rey me soy.

como quien anda buscando, despacio hacia mí se vino. Lleguéme á él y le dije con respeto y con cariño:

—Diga, si puede saberse, qué busca el buen abuelito. Si quiere yo he de ayudarle, porque conozco estos sitios y es entre los dos más fácil que demos con lo perdido. El abuelo dijo entonces: —Pues vaya, aceptó tu auxilio y me harás un gran favor, porque estoy en un conflicto. Has de saber que yo soy San Pedro, San Pedro mismo, y he descendido á la tierra

por el siguiente motivo: Estaba hace pocas tardes descuidado y distraído tomando el fresco, á la puerta del cielo, como un bendito. Dejéme el portón abierto, y aprovechando el descuido, mi gallo estuvo atisbando y se me escapó el muy pícaro. Quise cogerlo, mas como llevo encima tantos siglos, por muy deprisa que fuera, me era imposible seguirlo. Resuelvo dejarlo, vuelvo al cielo, echo mano al cinto y me encuentro sin las llaves que siempre llevo conmigo.

Ya ves tú que ahora, dejando la puerta abierta, de fijo se me va á llenar la casa de bribones y de pillos. Por eso bajo del cielo anhelante é intranquilo, para ver si por acaso por aquí se me han caído. En esto, morena mía, mirándome de hito en hito vió las llaves de tu casa asomar por mi bolsillo. Cogiólas, volvió á la nube y remontándose dijo: —Gracias á Dios que ya tengo las llaves del paraíso.

JOSÉ ESTREMERÁ.

CORAZONADAS

Me diréis que son bobadas, y acaso os parezca feo, pero la verdad, yo creo lo de las *corazonadas*.

Yo no lo puedo entender pero he hecho esta observación: ¡lo que me dá el corazón siempre llega á suceder!

¡Siempre! Será carambola, casualidad... lo que fuera, pero ni una vez siquiera me ha fallado ¡ni una sola!

Ejemplo: El día pasado yendo yo con un señor, ví de pronto un aguador que pasó por nuestro lado, y sin que sepa por qué, ni me explique la razón, dije:—¡Me dá al corazón, que es gallego!—¡Y lo acerté!

Después, al verle tan feo

y oír su acento maldito, conocí que el pobrecito es hijo de Ribadeo.

Otra vez ví en una esquina, junto á la calle del Oso, un pobre muy andrajoso que tocaba una ocarina.

Me inspira tal compasión ver á un hombre que se aflige, que en cuanto le ví, me dije:

—Vaya, me dá al corazón que ese infeliz ¡pobrecillo! pasará muchos apuros, y no tendrá cinco duros tan siquiera en el bolsillo.

Y en efecto, me acerqué, (porque yo soy siempre así), y cuando le socorrí como pude, y pregunté, el pobre desventurado me contestó conmovido:

—¡Ya vé usted: si no he comido desde el miércoles pasado!...

Ahora mismo, en este instante escribo esta copla, [te, corre el viento que me sopla de una manera incesante;

y por raras conjeturas, ya me ha dado al corazón, que si se apaga el velón me voy á quedar á oscuras.

...
¿No dije? ¡Corazonada! ¡Se apagó! ¡Pues me he lucido! y ahora estoy comprometido, porque ya no veo nada.

¿Y cómo he de continuar las coplas?... ¡Qué situación! Nada, lo voy á dejar, ¡porque me dá al corazón que estas no van á gustar!

FIACRO IRAYZOZ.

PUCK

I.

Una vez tuvo Puck una grave cuestión con las abejas, por haberse introducido en un sabroso panal.

Se precipitaron rugientes tras él á lo largo de la maleza, y le persiguieron agitando al redor sus alas de oro.

No sabiendo el goloso donde ocultarse, tomó el partido de huir, ya trepándose en las ramitas, ya saltando de yerba en yerba, ora suplicando á las aves:—«Escondedme»; ora gritando á las cigarras:—«¡Socorro! ¡Socorro!»; ora suplicando á las ardillas que saltaban de una

yerba á otra, que le llevaran á cuestras. Pero las crueles abejas no perdían la pista. Temía ya no poder librarse de su enojo, cuando vió en la calle de una aldea á un joven, miserable, andrajoso, cubierto de sarna, que tocaba un organillo y que pedía limosna. ¡Ah, no era muy bella la música que brotaba de aquel instrumento rajado y descompuerto!...

Sin embargo, no era oportunidad para fijarse en sonatas más ó menos agradables; de aquí que, al ver el organillo, Puck no pensara más que en ocultarse para evitar la persecución de sus enemigas. Lo hizo como lo pensó. Un duende se desliza fácilmente por donde no pasaría ni el menique de una niña. Desconcertadas quedaron las abejas cuando al llegar á la calle de la aldea no vieron más que al infeliz

organista, y llenas de disgusto emprendieron de nuevo su vuelo hacia las rosas y azucenas, que, abandonadas en los jardines, comenzaban a disgustarse de que no las picotearan.

Pero entonces pasó algo extraordinario. El órgano, antes tan desentonado, cantaba las canciones más hermosas que jamás se oyeron; dijérase que estaba lleno de ruiseñores, de jilgueros y de alondras matinales; tan melodiosas eran las quejas que se oían, tan dulces los trinos. ¿De qué provenía tal transformación? Provenía de un capricho de Puck, que no sabiendo qué hacer dentro del órgano donde había encontrado asilo, gorgieaba para distraerse. Todos sabéis que Puck, á fuerza de escuchar de la primavera al otoño el parloteo de los nidios, es más hábil que ninguno en el arte de la melodía.

El primero que se asombró fué el mendigo. Nunca hubiera creído él que su organillo produjese una música tan deliciosa. En las puertas, en las ventanas, por todas partes, aparecían grupos que apenas daban crédito á lo que oían. — ¡Qué lindas, qué lindas canciones! No se cansa uno de escucharlas.

Los más avaros arrojaban monedas de plata; aún habrían dado piezas de oro si las hubiesen tenido. Las mujeres, las niñas mismas, advertían que no era tan feo el organista como creyeron en un principio; su cabellera rala por la tiña, radiaba como si estuviese salpicada de oro; sin duda, bajo su piel tostada por el sol, había otra piel blanca y hermosa: ¡tan cierto es que agrada á la vista lo que agrada al oído; que por éste, y no por los ojos, es por donde se entra al corazón!

II.

El renombre del organista salió bien pronto de las aldeas. Se habló de él en las más ricas ciudades, en las capitales más grandes; querían oírlo en todas partes. El entusiasmo era extremo. Nunca se había oído armonía tan melodiosa y apasionada, porque en ella se mezclaban á los arrullos de la paloma los trinos del ruiseñor. No había fiesta á que él no fuera; dignábase aceptar las invitaciones; y así salía de las casas de las marquesas para ir á las de las condesas. Apenas comenzaba á darle vuelta al manubrio, cuando ya se extasiaban tras de los abanicos. — ¡Ah, querida mía! (se decían unas á otras), no se tiene idea de una melodía semejante. — ¿Verdad que parece una transportada al paraíso? Yo creo que los ángeles no producen tan arrobadoras armonías.

El, en tanto, acostumbrado ya á la gloria, no encontraba exagerados aquellos elogios.

No habríais reconocido al mendigo de los caminos; vestía un traje de seda escarlata con bordado de oro; llevaba en sus cabellos, que caían en bucles, una corona de perlas y pedrería, porque era tan rico como ilustre. En lugar de las monedas de cobre que le arrojaban en otro tiempo, pajes arrodillados le ofrecían por orden de sus amos, en lujosas bandejas, zequíes, ducados, joyas, rogándole que admi-

tieran como obsequio las bandejas mismas. Y las hermosas damas que obtenían de él el favor de una audición particular, le hacían presentes mil veces más preciosos.

La hija del rey oyó hablar del maravilloso músico. No confiaba del todo en la voz general; temía una decepción; no aceptaba como cosa posible que aquel renombre fuera justificado. Pero, después de cuatro compases, fué tal el encanto que la invadió, que no pudo menos de exclamar apasionadamente: — Jamás me casaré con otro que no sea ese bello organista.

Ya se comprenderá que esto no fué del agrado del rey. No se sabe que haya consentido fácilmente un monarca en tener por yerno á quien careció de antepasados ilustres, y menos aún á quien, como el organista, no tuvo padres y mendigó en los caminos; pero habiendo caído enfermo el rey, los médicos declararon que no sanaría sino por los encantos de la música. Hubo que recurrir al melodioso vagabundo. Tres vueltas de manubrio, y el monarca quedó tan bueno y sano como era de desearse. El reconocimiento triunfó entonces del orgullo. El mendigo de ayer se desposó con la princesa.

III.

¿Pensáis que en este punto fué donde terminaron sus glorias y su felicidad? Os equivocáis. Una vez que partía el ejército para la guerra, se colocó él á la cabeza, y lanzó el órgano tan furiosos cánticos de combate — porque Puck recordaba haber oído á los soldados tocar en las selvas los clarines — que fué opinión general que la victoria se debió á la bizarria de los soldados, exaltada por aquella música. Los pueblos en su gratitud no vacilaron, y el músico fué elegido emperador de toda la comarca. ¡Tuvo al rey por vasallo!

Jamás hubo reinado tan glorioso ni tan feliz, porque ni los más miserables súbditos dejaban de estar contentos con su suerte. Para que no hubiese ni desesperaciones, ni cóleras, ni revueltas, bastaba al nuevo señor hacer oír algunas melodías.

Llegóse á comprender que la corona, el cetro, los palacios rebosando cortesanos, eran débiles recompensas para mérito tan alto, y se hizo dios del que ya era emperador. Se le consagraron templos de alabastro y de pórfido, que estaban siempre llenos de incienso y de personas arrodilladas; pintadas en los muros, alzadas sobre los altares, aparecían las imágenes del organista, á quien se adoraba. ¡Qué hombre conoció una gloria semejante! Luego, por encima de tantos triunfos, quedábale la alegría, la incomparable alegría, de hacer vibrar, durante las noches, para él exclusivamente, acentos que le hacían llorar la delicia.

— ¡Ajá! — dijo Puck. — Hace bastante tiempo, según creo, que estoy en esta jaula. Comienzo á fastidiarme.

Dirigió entonces una mirada al exterior, y, no viendo ya á sus enemigas las abejas, huyó, volviendo á jugar en los claros de las selvas, cerca de Atenas, con sus amigas Flor de Chícharo y Tela de Araña.

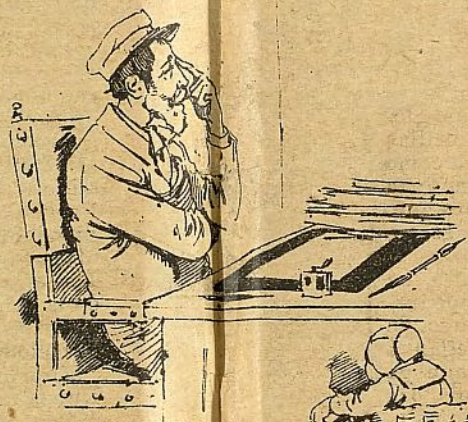
LA SEMANA CÓMICA
UN COMPROMISO, POR CILLA



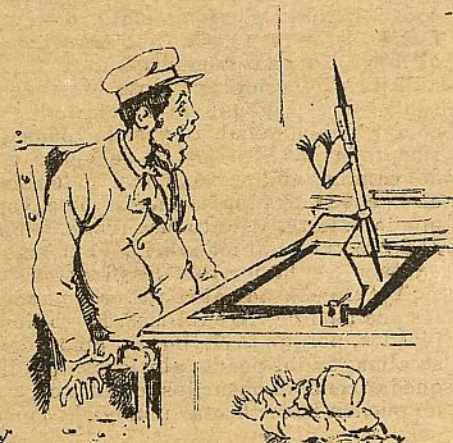
Andaba yo muy ocupado el lunes, cuando entró la criada en mi despacho.
—Señorito, telegrama de LA SEMANA CÓMICA.
— Pidiéndome dibujos, sin duda....



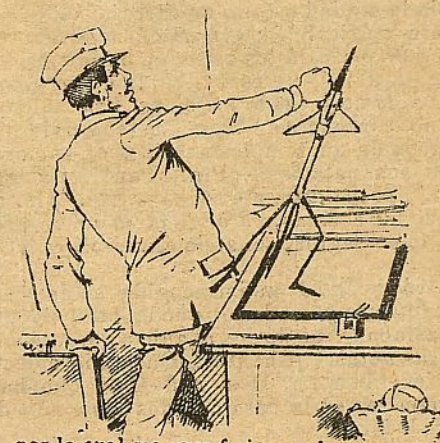
Y dejando mi carga en el cesto de los papeles...



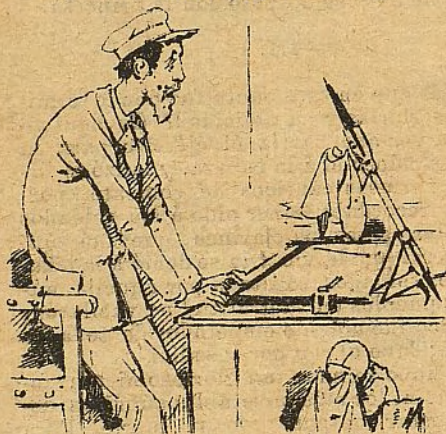
puseme á meditar algo que tuviera una *miadita* de gracia. Pero ¡nada! no se me ocurría nada.



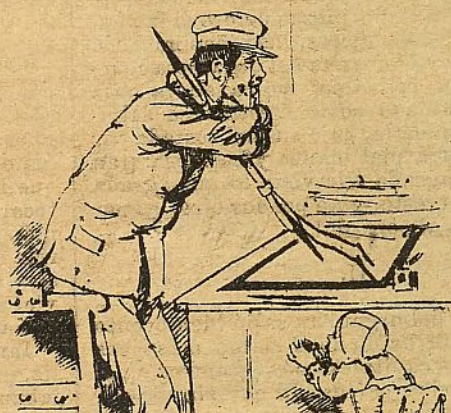
¡Qué torpeza! Hasta el lápiz, que allí permanecía ocioso, parecía burlarse de mí;



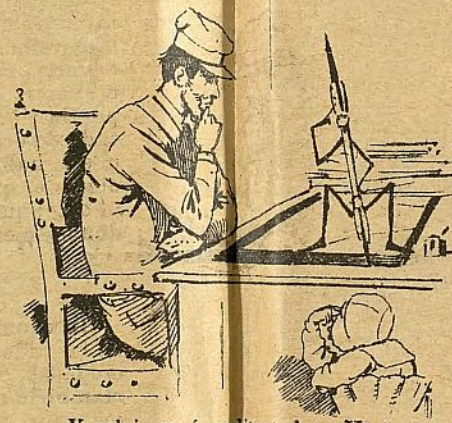
por lo cual me puse furioso y la emprendí á golpes con él.



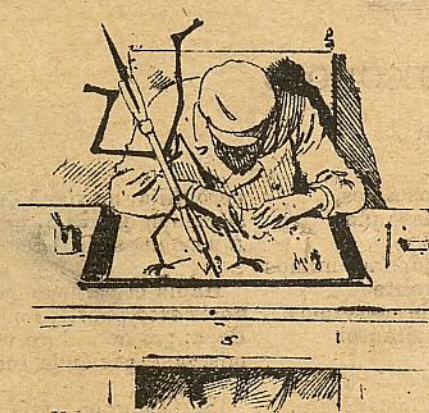
Pero, al ver que, arrepentido, me pedía perdón, me enternecí del todo



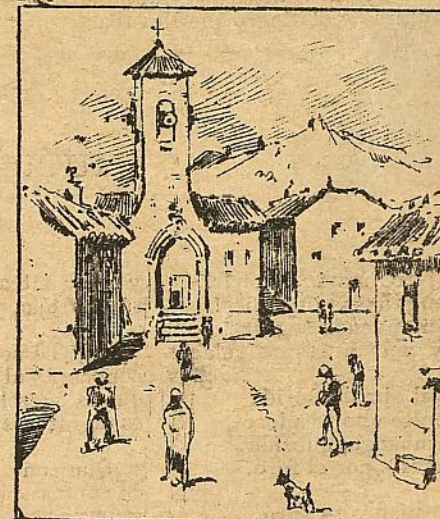
é hicimos las paces con un apretado abrazo.



Y volvimos á meditar todos. Hasta que por último ¡oh alegría! dijimos: ¡Ya está aquí!



Y con verdadero entusiasmo, empezamos un cuento que decía:



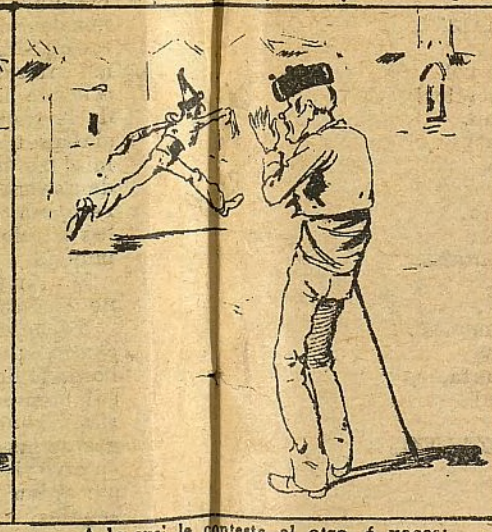
«La campana de la iglesia daba su tercer toque, llamando á misa á los fieles,



y al oírlo, salió escapado de su casa el tío Zarándillas;



que, encontrando en el camino á un compadre, le pregunta al pasar:—Digazte: ¿ganarás á eza misa?



A lo cual le contesta el otro á voces:—¡Camará... y z'ague osté á eze pazo, ze la deja osté atrás....



Y jurándonos guardar el secreto, para que no sepa nunca Reguera, que este es un cuento viejo,



nos marchamos al café, muy satisfechos por haber salido del compromiso

IV.

¡Toda la ciudad estalló en carcajadas! ¡Qué! ¿Eso era música? No; era una cencerrada capaz de horrorizar á los osos que bailan en las plazuelas. Jamás un escándalo tan discordante les había destrozado los oídos. Era aquello para no contenerse. Y no se contuvieron. Arrojaron de sus templos al dios; al emperador de sus palacios.—¡Pin! ¡Pan! —¡Largo! ¡Fuera! —le gritaron por todas partes. Y la canalla de las cocinas, para burlarse del desgraciado, lo perseguía, sonando almoreces y cacerolas.

Esperó encontrar mejor acogida en casa de las marquesas y condesas que en otro tiempo se extasiaban tras de sus abanicos; pero á las primeras notas: ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué quiere decir esto?—exclamaban. O si no:—Creo que han dejado entrar en la casa á todos los gatos de los alrededores.

En seguida los criados lo echaban á la calle, no sin desgarrarle antes sus riquísimos vestidos, y quitarle el dinero que llevaba.

Desesperado, volvió á las aldeas en donde le arrojaron en otro tiempo, con las monedas de cobre, algunas piezas de plata; donde las niñas se agrupaban en las puertas, ansiosas por oírlo; pero apenas comenzó á tocar, cuando las aldeanas huyeron tapándose los oídos. ¡Fueron piedras las que le arrojaron! Entonces comprendió que habían pasado todas las glorias, todas las alegrías. Se dejó caer á orillas del camino, andrajoso, cubierto de tiña, como en la época de su miseria, sin otra esperanza que la muerte, y tanto más triste, cuanto que, al darle vuelta al manubrio, él mismo se espantaba con la horrible desafinación.

¡Ay! He pensado al contaros este cuento, en los poemas dulces ó sublimes, largo tiempo inspirados, porque tuvieron un amor dentro de su alma; en los poemas gloriosos, que llegan á quedar casi sin ensueños, olvidados, y que ya no pueden hacer brotar una queja consoladora de su corazón roto, destrozado, y del que volaron con el amor las celestiales y conmovedoras armonías.

CÁTULO MENDEZ.

MUTIS DECOROSO

¡Yo juré amarte ó morir!
¡Qué engañosas ilusiones!
Pepa, no pueden seguir
de hoy más nuestras relaciones.

Con el alma dolorida
aún repito que te adoro,
y sin embargo, querida,
hago mutis por el foro.

Las razones te daré,
—que al fin soy hombre de cu-
y en ellas te probaré [tis—
que es indispensable el mutis.

Quieres casarte, ¿verdad?
¿Sabes qué es esto, mujer?
¡Juntar la necesidad
con las ganas de comer!...

Repara que es un horror
lo de: — «¿Me quieres? — ¡Te
[quiero! —
— ¡Mi bien! — ¡Mi vida! — ¡Mi

[amor!
¡Hoy no se ha puesto el puche-
[rol! —

De dulce cariño en pos,
llegar al invierno crudo...

y estar entrambos á dos,
tú sin ropa, yo desnudo.

— ¡Ay! ¡Tú con todos tus humos
conocerás al instante
que la cuestión de consumos
es de interés palpitante!

— ¡Que con un beso de amor,
de constancia en testimonio,
y un poco de coliflor,
es muy soso el matrimonio!

— No me digas en tu afán
que el amor todo lo arrolla,
ni recuerdes el refrán:
«Contigo pan y cebolla.»

— Que, según los tiempos van,
puede dar dichas completas
el pan, pero es cuando el pan
va mezclado con chuletas.

— No digas que es por dejarte,
ni digas que no te quiero.
Cuando piensas en casarte
¿no te acuerdas del casero?...

— Nos amamos, ¡claro es!

pero, hija, no siendo ricos,
si vienen chicos despues,
¿qué hemos de hacer con los
[chicos?...

— Habla el paterno deber;
no es esto pueril excusa.
Pepa: ¡yo no quiero ver
mis vástagos en la Inclusa!

— ¡Sería una enormidad!...
¿Que quizá no fueras madre?..
¡Yo tengo seguridad
de que había de ser padre!

— ¡Olvida y haz lo que yo!
¡No; no más ensueños bellos!
¡Ya que por nosotros no,
hazlo siquiera por ellos!

— Hoy el lazo del querer
rompo con pena cruenta.
¿Quién se casa sin tener
cuatro mil duros de renta?...

• Si alguno en cólera monta
suplico que esto no crea.
¡Es que la novia era tonta,
y además de tonta, fea!

E. NAVARRO GONZALVO.

EL AMOR A LO QUE OBLIGA

6

EL SEÑOR DE HORCA Y CUCHILLO

Historieta ó cuentecillo,
que tiene bastante miga.

I.

Allá por los años mil existió un señor feudal que era un insigne animal ¡pero de lo más cerril! Y cuentan las tradiciones que tenía por esposa, una mujer muy hermosa, modelo de perfecciones.

El señor de horca y cuchillo en ella su amor cifraba y ella, en cambio, suspiraba por un tierno pajecillo de cara sonrosadita y de aspecto delicado, con el pelito rizado formándole melenita. Era un tipo seductor, fresco como una manzana; así es que la castellana estaba muerta de amor.

II.

Perdidas las alegrías,

con el rostro demudado, se paseaba agitado por las anchas galerías el señor de horca y cuchillo, y sus pasos retumbaban, y de miedo, hasta temblaban las almenas del castillo.

Celoso de su mitad, la quería sorprender con el paje, para hacer alguna barbaridad. Paso á paso y con cuidado, se dirigió al aposento de su mujer, con el tiento de un buen marido escamado. Llegó rebosando hiel y escucharon sus oídos unos ayes comprimidos y unas palabras de miel. ¡Con la fuerza de un coloso, al ver su deshonra cierta, abrió de golpe la puerta

y les dió un susto horroroso!

—¡Te cojí, pérdida Elena, en *infraganti* delito!

(Entre tanto al pajecito le temblaba la melenita).

—¡Mi esposo!

—¡Infame!

—Señor...

¡Esto ha sido sin querer!

—¡Perdón!

—¡Jamás! ¡vas á ser víctima de mi furor!

¡La venganza diviniza!

¡Aquí, mis bravos pecheros!

¡Dejad á ese paje en cueros, y pegadle una paliza!

Cojieron á aquella alhaja y le quitaron el traje.

¡Pistonuda plancha! ¡El paje resultó que era *una paja*!

EMILIO DEL VAL.

REMOQUE

Fué aquel cabo Remoque una de las figuras más interesantes que he conocido en mi vida de soldado; alto, bien constituido, recio de músculos y duro como una correa para las fatigas de la campaña. Tenía excelentes condiciones militares y si no pasó de cabo, fué por aquella herida en el oído derecho que dió con él en tierra después de la acción de Gorriónuela, tan fatal para nosotros.

No se sabía de Remoque otra cosa sino que había sentido plaza al principio de la campaña, no por aficiones al duro oficio militar, que no le gustaba, sino más bien con aires de desesperado que optaba por aquello, como podía habérselo decidido por pegarse un tiro. Pero del trágico suceso que le llevara á meterse entre nosotros nadie supo nada.

Yo, que miraba con más cuidado que los otros al fondo de las cosas, noté desde luego que Remoque no procedía del terruño, no tanto por sus maneras afinadas y su conversación limpia de la basura de barbarismos, tan común en las filas, sino por las deferencias que don él guardaba el coronel, prueba evidente de que Remoque no era un cualquiera, ni había llegado al regimiento totalmente desamparado.

Pero su venida obedeció á algo que le hi-

ciera desesperar de las vanidades del planeta; lo cierto es que se le pasó pronto y enseñó en seguida el flaco que todos tenemos y no podía faltar en Remoque, y era su incontinencia mujerial, en el buen sentido del concepto, dado que ni él pasaba á mayores sin licencia, ni era cosa fácil vistiendo el uniforme. Cierta que su empaque le facilitaba la satisfacción del apetito, porque estaba verdaderamente gallardo con las polainas ajustadas y el fusil al hombro en las marchas, resplandeciente de limpieza en las guarniciones, y llegó á tener gran partido entre las hembras de menor cuantía, y hasta alguna vez entre las de cuantía más elevada.

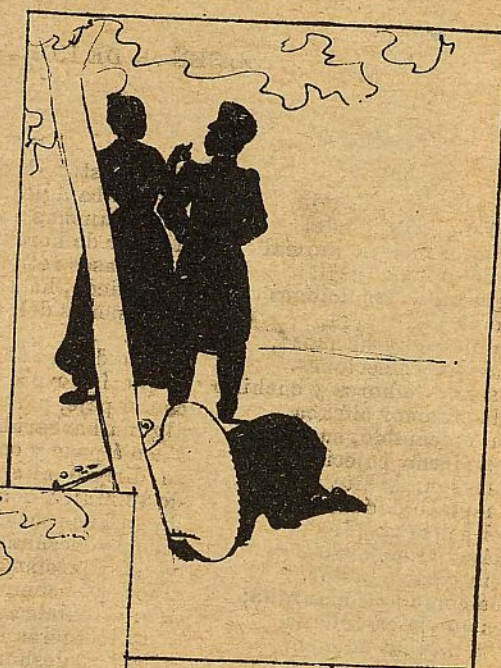
Sobrevino el desastre de Gorriónuela, donde, como os he dicho, nos volvió las espaldas el caprichoso dios de la guerra. Todo el segundo cuerpo, verdaderamente diezmado, volvió pie atrás en aquella tarde memorable y aun no me doy cuenta de cómo pudimos pasar el puente para volver al pueblo sin dejar la mitad de la gente en el camino. Cuando aquel día no se pegó un tiro el coronel Garrote, que vió al regimiento, loco de pánico, hacer de él el mismo caso que del polvo del camino, no se lo pega nunca.

Pues en el poniente fué donde Remoque, que se batía como una fiera, recibió el horrendo balazo en el oído; yo le ví, y con otros cuatro, le llevé á Gorriónuela, á la ambulancia del

HISTORIETAS EXTRAVAGANTES, POR ESCALER (EL MUSICO DE REGIMIENTO)



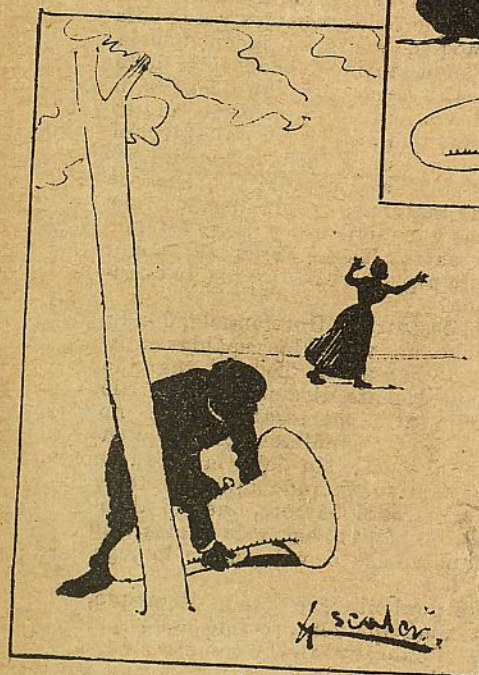
1.



2.



3.



4.

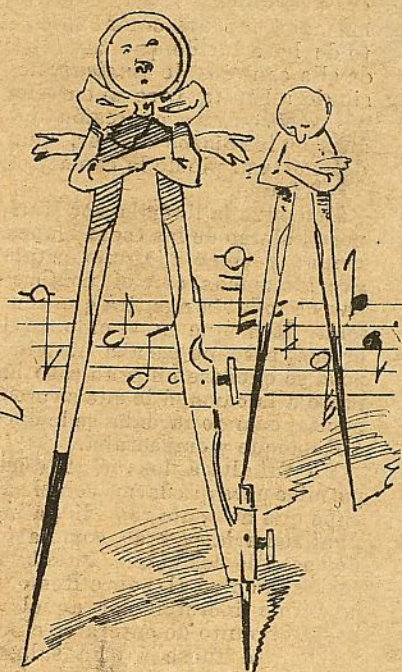


5.

CAPRICHOS MUSICALES, POR LAGO



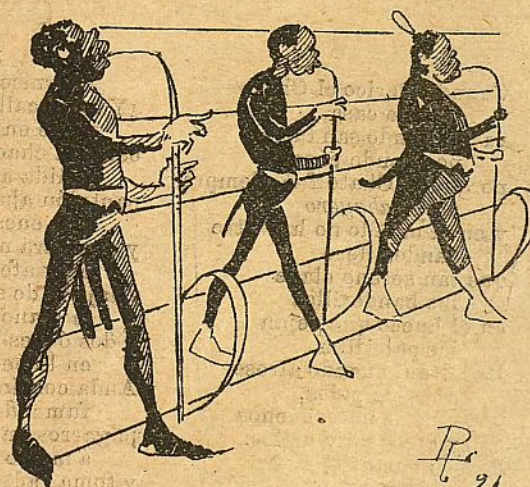
UN SOSTENIDO



DOS COMPASES DE ESPERA



UN CALDERÓN



LOS TRES BEMOLÉS

segundo cuerpo, donde el que más y el que menos tuvo que echarse un remiendo en el individuo.

En los dos meses que allí estuvimos, no lo gré averiguar con exactitud el nombre de la hermana que nos cuidaba. En el primer cuarto de hora lúcido que tuvo Remoque, se fijó en ella con ojos de *amateur*; no era guapa, ni siquiera bonita, pero sí extremadamente simpática y con una expresión de resignada dulzura en los ojazos negros, que daba ganas de detenerla al pie de la cama y decirla:

—Mirame.

Remoque la llamaba sor Mariposa, sin duda por el aleteo de las tocas blancas cuando iba y venía, y como ninguno estaba en humor de averiguar más, con el nombre se quedó. Me parece todavía mentira que con la avería que tenía Remoque en el oído, tuviese humor de broma, pero no pasaba día sin que sor Mariposa se quedase un gran rato hablando con él junto á la cama, á lo que se prestaba humildemente; cuando tardaba se le encendía el genio á Remoque y empeoraba.

Yo fui alta á los veinte días, pero obtuve permiso para quedarme con el cabo, y entonces supe que no tenía remedio, aunque el trágico final se haría esperar, como así fué, pues tardó cerca de dos meses. Pues bien, en estos dos meses le entró al pobre Remoque una pasión de ánimo increíble por aquella pobre mujer, hasta el punto de enterarse el médico y disponer que se fuese á otra sala; pero hubo que traerla al día siguiente, porque Remoque se negó enérgicamente á tomar nada que no viniese por su mano y juró como un carretero, y tan seria se puso la cosa, que ella misma vino visiblemente apenada por lo que sucedía.

A los cincuenta días de la herida, se vió que Remoque no llegaba al cincuenta y uno, y hubo que disponerle para que se confesase. Yo se lo dije con miedo, porque sabía que consideraba aquello como una pamplina, y me contestó que no hacía falta. También el pater se lo dijo y le contestó, lo mismo, y ni aún el coronel le sacó de su negativa. Le dejamos solo con sor Mariposa, con profunda pena de ver que en aquel trance se ocupaba más de las cosas de aquí abajo que de las de arriba, pero luego supe que aquel indomable Remoque consentía en confesarse si ella á su vez consentía en dejarse besar; un beso solo, nada más que uno. Se apartó de él la pobre mujer casi llorando, y se quedó Remoque muy exaltado y diciéndolo indecible de buen número de cosas muy respetables.

Dijo el médico que moriría con aquel acceso de ira antes de media noche. Vi entonces que la hermana se iba á un rincón á rezar, á lo que me pareció; que se acercaba luego á la revuelta cama de Remoque y le hablaba con extremada dulzura. Remoque no debió convenirse, y entonces ella se puso de rodillas con el rostro á la altura de la almohada y se dejó dar un beso, uno solo, como él había pedido, pero tan ansioso y vehemente que sonó como un estallido en toda la sala.

Se confesó tranquilo y sin dificultad luego, haciendo señas con las manos para que ni ella ni yo nos fuéramos; no nos movimos, yo muy apenado á un lado, ella al otro, en actitud triste y dolorida, y antes de media noche vimos que Remoque con los ojos fijos en el techo, sosegado ya, rompía el sutilísimo lazo que unía su carne el espíritu, libre ya de impurezas de la tierra.

FEDERICO URRECHA.

UN TIPO.

Cuando Perico el Chato
sale de casa,
va vertiendo sandunga
por donde pasa;
porque el Chato fué siempre
muy *cabayero*
y en el mundo no hay otro
banderillero
que tan sereno clave
las banderillas
en el hueco que dejan
las paletillas.
Resultan, cuando airoso
deja los palos,
unos pares muy buenos
y otros muy malos.
Pero, aparte del arte,
no hay un torero
que se plante en la plaza
con más salero,
mirando á las barbianas
de los tendidos,
con los rasgados ojos

adormecidos.
¿Y en la calle? ¡Da gusto
verle en la calle,
con una chaquetilla
ceñida al talle,
pantalón ajustado,
faja encarnada
y una cara muy grave,
muy afeitada;
cuajada de sortijas
la mano entera
y dos ó tres brillantes
en la pechera.
Anda continuamente
fumando puro;
¡cigarros que le cuestan
á medio duro!
y toma cada día,
como un valiente,
treinta ó cuarenta copas
del aguardiente.

Con tales aficiones

y tanta gracia
se muere por servirlo
la aristocracia,
y tiene por trofeos
de sus conquistas
veinte ó treinta duquesas
y mil modistas.
¿Cómo se las arregla
Perico el Chato
para pasar la vida
con tal boato?
¿De qué medios se vale,
de qué ocasiones,
para llevarse á casa
los corazones?
Él se da mucho tono
de caballero,
y donde él está, nadie
gasta dinero;
luciendo el cuerpecito
se pasa el día
y luego, por la noche,
se va de orgía

con unos cuantos chicos
de la grandeza,
que están muy orgullosos
de su nobleza
y otras tantas mujeres
á cual mejores
y gallardas y frescas
como unas flores.
No es porque valga mucho
como torero,
puesto que será siempre
banderillero
y pone, cuando airoso
clava los palos,

unos pares muy buenos
y otros muy malos.
Tampoco en el ingenio
brilla gran cosa,
pues, aunque la figura
tiene graciosa,
el alma no revela
pizca de gracia,
ni chispa, ni salero,
ni perspicacia,
y cuando habla, que ocurre
muy pocas veces,
no salen de su boca
más que sandeces.

¿Por qué, pues, tiene tanta
suerte este chico?
Por mucho que lo pienso,
no me lo explico.
De lo cual, cuando veas
este retrato
de lo que es en el mundo
Perico el Chato,
puedes sacar en limpio,
lector, si quieres,
que son tontos los hombres...
y las mujeres.

SINESIO DELGADO.

CHIRIGOTAS



Solución al geroglífico del
número pasado:
*Se enciende cual las cerillas
el amor en la mujer,
apagándose la llama
con más presteza tal vez.*

~

Por un beso de tus labios
haría yo un desatino,
y tú, en cambio, ni de balde
quieres unos de los míos.

~

La gente te llama prenda,
y dice muy bien la gente;
pero eres prenda empeñada.
empeñada en no quererme.

RICARDO ROYO VILLANOVA.

~

Leamos:
«El Conde Kalnoki ha curado sus terribles
dolores reumáticos...»
Sí; ya lo sé. Con el acreditado Bálsamo de
Fernoline.
¿Quiere V. un recibo, amigo mío?

~

Yo no sé, ni me hace falta, si el acreditado
Bálsamo ese se expende en latas ó en frascos.
Pero debe ser en latas, ó no hay justicia en
la tierra.

Porque así ya sabemos que á todos los per-
sonajes célebres del mundo les da el anuncian-
te el Bálsamo.

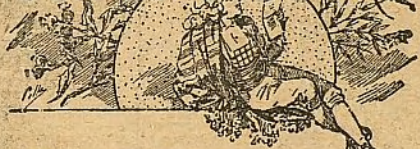
¡Y á nosotros la lata!

~

¿Apuestas - me dijo Antero -
que antes que tú tengo coche?
Hicimos la apuesta anoche
y hoy se ha metido á cochero,

Cien tomos escribió Irene,
doncella de gran talento,
y ha de escribir otros ciento
en todo el año que viene.
Siempre á escribir consagrada,
Irene, mujer profunda,
si de soltera es fecunda,
¡qué no será de casada!

CORRESPONDENCIA



A. F. C. - Barcelona. - Sí, se recibió. Y
creo que le contesté que no era de la indole del periódico.

J. F. - Barcelona. - No son malas, no señor. Ni buenas. Lo cual, ó yo me engaño mucho, ó quiere decir que son medianas.

Ditirambó. - Bueno. ¡qué diantre! Mándelo Vd. firmado.

Cualquiera. - Pues ni es V. un zote, ni esos versos están mal hechos. De lo que adolecen es de falta de asunto.

El Piri. - ¡Huyamos de los romances pedestres!

D. P. - Gijón. - ¡Y de los caseros sin entrañas!

Paquito. - ¡Y de las suegras pífidas! Que podrán haber hecho muchas perrerías, no lo dudo, ¡pero que bien lo han pagado, las pobres!

S. O. - Jaén. - Eso de hacer asunto de la falta de asunto... é ir componiendo versos mientras tanto... es de lo más antiguo que se puede imaginar. ¡Y cuidado que se pueden imaginar cosas antiguas!

J. J. - Barcelona. - «¡Hay, Dios mío! dijo ella,
¡Hay, Dios mío!...»

Bueno; pero ¿qué es lo que hay?

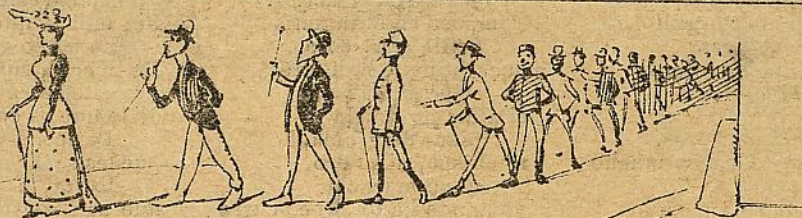
Niño Nuño. - Si vierais ¡hay, Dios mío! cuan manoseadas están las vecinas que tocan instrumentos...

J. de D. M. - Sevilla. - Los cantares son cosa del demonio. Porque parecen cosa muy fácil y le dan un mico á cualquiera. A usted, por ejemplo.

Sres. O. Cioso, D. F. y J. J. Un tranquil, F. de I. Vampiroto, P. J. Ruiz y J. M. de O. (Barcelona). - M. M. G., Céforo Blando, D. de C. Churumbel y C. G. (Madrid). - Un desterrado (Paris). - J. N. G. y Pepín y E. (Valencia). - Castor y Polux (Oviedo). - J. de D. (Sanlúcar de Barrameda). - Tirso (Cartagena). - No podemos publicarlas. Y dispensen Vdes. que, por falta de espacio, no diga por qué.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

ANUNCIOS



¡Consecuencias de vestirse en casa de POU Y C.^a, FERNANDO VII, 59!

NOTA.—Lutos á las 24 horas.



¡Santo Cristo! ¡bueno es esto!
¡La ingrata me tira un tiesto!



¡Pero anda, que no me has hecho daño,
que el sombrero es de LA ECONOMICA, de la
calle de San Ramón, núm. 25, junto á la del
Conde del Asalto!

Mostrario; kiosco de la Rambla frente
al Liceo.

—Lo más notable del
mundo es la torre Eiffel de
Paris.

—Está Vd. en un error

Lo más notable del mundo

es LA TORRE EIFFEL

de Barcelona, Carmen, 42

esquina á la calle del Dou.

Figúrese Vd. que las mu-

chachas que compran telas

allí, se casan á los 15 días

de estrenar traje.

—¿Sí? ¡Adios don Ru-

perot!

—¿A dónde va Vd. tan deprisa?

—¡A buscar á mis hijas, para llevarlas á
visitar el establecimiento!

LA COMPAÑIA COLONIAL

ha obtenido en la Exposición Universal de Paris

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

Depósito general: CALLE MAYOR, 18 y 20.

SUCURSAL, MONTERA 8, MADRID

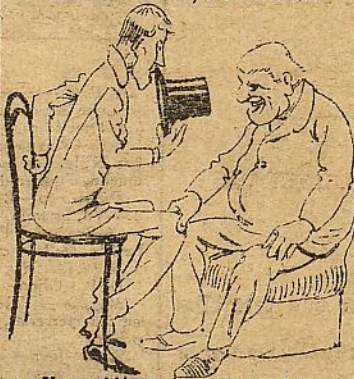
FUENTE DE SAN MIGUEL, 8, BARCELONA.



—Es decir que
mamé, mis abue-
los y mis tíos
son mis superio-
res.

—Si, hijo mio: son superiores esos... y las
barras de lace que se expenden en el estanco
de la calle del Buen Suceso, junto á Correos.

DE VISITA, POR PONS



—Yo también, amigo mio... ¡je, je!... des-
atendi los consejos que me dieron; yo tam-
bién... ¡je, je!... me casé... y ahora estoy
tocando las consecuencias.

—¿Por qué le llamará este caballero con-
secuencias á mis rodillas?



—...porque en verdad
os digo, hermanos
mios, que no hay más
que dos cosas eternas:
el poder de Dios y los
muchos que se venden
en LA AMUEBLADORA.

VERÓNICA, 2.

(junto al Casino Mercantil.)



Tengo en el pecho una pena...

Para curarla, no hay nada como

una sonrisa de mi morena

y una copita de QUINA MOMO

que esté bien llena,

¡Bebe, Gerónimo!

¡Bebe, que es buenal

Se canta tres veces y se va luego al des-

pacho del inventor, José Torres, CARRE-

TERA DE MATARÓ, 104 (San Martín de

Provensals) á comprar unas cuantas botellas.

LA SEMANA COMICA

Semanario festivo ilustrado

Se publica los viernes y está redactado é
ilustrado por los mejores escritores y
dibujantes españoles.

Precios de suscripción: Barcelona, trimes-
tre, 1'50 pesetas. Provincias, semestre, 5 pe-
setas.

Estranjero y Ultramar: semestre, 7'50
año 15.

En provincias no se admiten suscripciones
por menos de un semestre, y no se sirven si
al pedido no se acompaña el importe en le-
tras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se envían las
liquidaciones á fin de mes y se suspende el
envío á los que no paguen antes del día 10
del mes siguiente.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de la Universidad, 5.

HORAS DE OFICINA

Todos los dias laborables de 2 á 4

Punto central de expendición: Kiosco de don
JUAN TASSO, Rambla de las Flores, frente
á la calle del Hospital.